

HERALDO DE MURCIA

AÑO III

DIARIO INDEPENDIENTE

NUM. 757

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la península UNA PESETA al mes.—Extranjero, tres meses 7'50 PESETAS.
Anuncios convencionales
Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18.

VIERNES 14 DE SEPTIEMBRE DE 1900

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En cuarta plana. 00'05 pesetas línea,
En segunda y tercera. 00'10 id id
En primera. 00'20 id id.
Administración: Saavedra Fajardo, 15

FILÁNTROPS Y MURCIA

En un expres que por medio de un servicio internacional una las capitales Filántrops y Murcia díz que se encontraron camino de esta última vis á vis dos viajeros, natural el uno de Filántrops y de Murcia el otro. Este, como más meridional y por ende comunicativo inició la conversación con la consabida pregunta dirigida al Filantropolitano.

—V. dispense, caballero ¿va V. muy lejos?
—Voy á Murcia de la cual me han hablado muy bien.—

—Pues ya lo creo que es hermosa, dijo el Murucino, yo soy nacido allí y aun prescindiendo del natural cariño que profeso á mi tierra, no encuentro palabras con que describirla. Mire V.: mucha sal, mucha alegría, rioss huertas, mujeres hermosas... Si V. no hubiera llegado de día, antes se queda V. deslumbrado, al ver las profusas iluminaciones de un paseo llamado la pequeña gloria, la inmensa concurrencia en este paseo y en dos cafés contiguos á él, llamados el uno del astro rey y el otro del Sahara, muchos trajes de seda, muchos sombreros con ricas plumas, castillos de fuegos artificiales... en fin, la mar. Pues ¿y si hubiera V. visto por la tarde el desfile de carruajes con sus magníficos troneos de caballos, que alegría, que animación, vamos, es imposible describirlo.

Esto oía el filantropolitano lleno de admiración, y en tono modesto y además humilde repuso: Verdaderamente estoy admirado escuchando su vehemente y hermosa descripción y le felicito por haber nacido en una población tan adelantada; en Filántrops no hemos llegado aun á tal adelanto pero vamos camino de él, pues tenemos ya cuatro casas de socorro distribuidas convenientemente en la población, hemos conseguido llegar á tener un buen hospital en el que no se carece de nada, también hemos suprimido la mendicidad pública, así es que, yo espero que dentro de diez ó doce años, tiempo que calculo tardarán nuestras autoridades en ultimar algunos detalles en el Manicomio ó instrucción pública, tendremos también nuestros festejos.

El Murucino se mordió los labios y no volvió á hablar de su Murcia.

Llegado que hubo el Filantropolitano á Murcia, al dirigirse al gran Hotel del Cosmos divisó en el fondo de un portal próximo al Hotel, un hombre tendido en el suelo, entró y vió que era un anciano mendigo que en posición supina se oprimía con ambas manos una ingle y gemía con voz desfallecida; era un pobre que padeciendo de una hernia y careciendo de aparato para sujetarla no podía levantarse, ni mucho menos, andar.

¡A ver, un coche!, ¡este hombre, á la casa de socorro más próxima!

El cochero.—Señor: en esta población no hay casa de socorro. ¡Pues, al hospital! y reducida la hernia tuvo el filantropolitano que comprar al mendigo un braguero pues se carecía en el establecimiento de tales aparatos, y suplicó al médico de guardia que dieran una ración al desfallecido anciano; no les era posible, pues escaseaba el alimento necesario para sus enfermos.

Al ver la solicitud y amor con que le auxiliaron al filantropolitano en su benéfico acto los guardias municipales, los practicantes del hospital, el bondadoso médico de guardia y cuantas personas intervinieron, exclamó: ¡Los Murucinos tienen corazón de oro y administración de cobre y los ciegan con el humo de los castillos de fuegos artificiales y los enordecen con las tracas para que ni vean ni oigan las miserias y llantos que le rodean!

Murcia. Alfonso de Cisneros.

DE MADRID Á MURCIA

Sr. Director del HERALDO DE MURCIA: Silvela en Madrid

Esta mañana regresó de su viaje ma-

ritimo el Sr. Presidente del Consejo de Ministros; viene satisfechísimo por el esplendor con que se ha realizado la expedición regia, y algo receloso de lo que le pueda suceder, pues de todo habla menos de la confianza de sus amigos; á lo más les llama correctos ministeriales.

Teme que el Parlamento no apruebe los nuevos presupuestos, y empieza á pensarse la vanda afirmando que seguirán rigiendo los actuales.

Dice que apenas se abran las Cortes, á fines de Octubre, presentará los presupuestos declinando de esta manera su responsabilidad ante el país.

Habrán nueva legislatura, según el señor Silvela y no se sabe quien presidirá las Cortes, pues el disgusto de Pidal con el jefe del gobierno es cada vez mayor.

Declaraciones de Tetuán

Nuevamente ha hecho declaraciones políticas el Duque de Tetuán al correspondiente del «Heraldo» en San Sebastián, para ratificar su alejamiento absoluto del Sr. Silvela.

Extraño que se hable con tan absurda insistencia de mi separación de Silvela, cuando esto no ha tenido lugar ni en esta temporada ni nunca; mal hemos podido separarnos desde el momento en que jamás hemos estado juntos.

Al morir el Sr. Cánovas conocí que el Sr. Silvela causaría la destrucción del partido conservador porque su incapacidad selta á poco que se rasque la corteza. El tiempo se ha encargado de demostrar cuanto predije y no tengo que insistir. Jamás ha habido tantas divisiones en un partido como en el conservador.

Mi compañía en el Parlamento no creo que necesite ser extremadamente opositorista. En el partido silvelista existen gérmenes de ruina desde su fundación y pocos embates necesita para destruirse completamente. Da todos modos en el Congreso seguiré la marcha que exijan las circunstancias; pues tengo el convencimiento de que es perjudicial á los intereses del país la presencia del actual gobierno.

Así se explica el Duque, y así es de suponer hable á la Reina en el Palacio de Miramar con que hoy será obsequiado por Doña Cristina.

Martínez Campos

El general de las corazonadas, aunque tiene enfermo el corazón, coincide con el criterio que tiene el Duque con Silvela y del actual gobierno, y á este fin piensa hablar con la Regente antes de su regreso á la corte, siquiera para descargar su conciencia de la parte de culpa que haya podido tener ayudando á levantar al Sr. Silvela á las gradas del poder.

Muéstrase disgustadísimo de la conducta que Silvela y Dato observan con Villaverde, intentando desprestigiarle, cuando en realidad de verdad los culpables de todo, son ellos.

Plan de batalla

Coinciden todos los políticos, menos Silvela y los íntimos de Sagasta en alterar el turno, y á este efecto piensan inhabilitar física y moralmente á D. Práxedes.

Moralmente, exigiéndole la responsabilidad de la pérdida de nuestras colonias. Físicamente, obligándole á una discusión que la salud del Sr. Sagasta no le permitirá seguir, y de esta manera patentizar ante la Reina y el país que con un hombre de tales condiciones físicas y morales no se puede formar gobierno.

A esto se tiende.

Lo demás, el tiempo nos lo dirá.

La farsa de una inspección

«La Publicidad de Barcelona», dice que la inspección practicada por el señor Gollin ha sido una farsa de Silvela. He aquí el suelto que publica el colega: «La venida á esta ciudad del Sr. Gollin no tiene otro objeto que estudiar la cuestión del Acueducto de Moncada desde su creación hasta nuestros días, averiguar en todos sus detalles la adquisición de terrenos, transferencias que de los mismos se haya hecho, y modo y forma de como se han efectuado algunas obras,

pues parece que la compañía de Dos Ríos sostiene un pleito contra el ayuntamiento de esta ciudad, pendiente de resolución en el Tribunal Supremo y para cuyo fallo faltan algunos datos que únicamente podían encontrarse en las oficinas municipales.

El abogado en Madrid es según parece, el Sr. Silvela, presidente del Consejo de Ministros, y el Sr. Colfin es ó ha sido pasante en el despacho del actual ministro de Marina.

Si la compañía de aguas de Dos Ríos gana el pleito, la ciudad de Barcelona se quedará sin agua y con los mismos vicios en la administración municipal, que no habrá corregido la pretendida investigación.»

Esto le faltaba á la historia del Sr. Silvela.

12 Septiembre 1900.



CROMWEL

Ejemplo de que las naciones oprimidas el querer libertarse en algunos casos solo consiguen variar de opresor nos lo ofrece Inglaterra al protestar de la odiosa política de Carlos I para caer bajo la tiranía de Cromwel.

Absolutista en su modo de gobernar ó intolerante en las ideas religiosas, fué Carlos I durante los once años de su reinado. El mismo llegó á reconocer sus denuncias, y queriendo evitar los peligros que le amenazaban, convocó de nuevo al Parlamento que antes había mandado disolver.

De nuevo lo mandó disolver al oponerle el más ligero obstáculo, reemplazándolo por el Parlamento largo, que tomó el acierto no disolverse por voluntad propia del monarca, sino por voluntad propia.

Etonces fué cuando apareció la figura de Oliverio Cromwel como jefe del grupo de Independientes.

El terreno estaba perfectamente preparado para sus fines: solo hacía falta un hombre audaz que se expusiera á perder la vida á cambio de conquistar las simpatías del pueblo oprimido. Inicióse la revolución, agrabándose al querer disolver Carlos I el Parlamento por medio de la fuerza.

Oliverio Cromwel formó un cuerpo de voluntarios para combatir las fuerzas de Carlos I y con tal fortuna acometió su empresa, que logró derrotar las tropas reales en Vasely y Marston Moor, estableciendo la república en el país de Gales.

De poco sirvió á Carlos I refugiarse en Escocia para librar su vida de las iras de los victoriosos puritanos, ya que había podido librar su corona de la insurrección. Fué hecho prisionero y entregado como esclavo al afortunado Cromwel, endiosado por la multitud en poco tiempo, mas por su decisión y oportunidad que por su genio táctico y su talento de gobernar.

Lejos de ser generoso con el vencido, demostró su ruidosa deidad de la muerte, y el infortunado monarca pagó con su vida sus desaciertos, pero dejando huellas que siguieron mucho tiempo dividiendo á bretones é irlandeses.

Dueño de la situación Oliverio Cromwel, disolvió por medio de las armas el Parlamento largo, que se oponía á sus mandatos y repitió con mayor fuerza el absolutismo que Carlos I había usado de su reinado.

Si Inglaterra recuerda con algún beneplácito la época de la república por el gran poderío que entonces llegó á alcanzar, Irlanda no olvida ni perdona las infames vejaciones que Cromwel ha recibido y que hicieron abondar la discordia con su hermana.

Las conspiraciones contra Cromwel y la república fueronse haciendo tan grandes como antes las habían sido contra el rey asesinado y quizá los temores y los remordimientos del protector hicieron apresurar su muerte acaecida el 13 de Septiembre de 1658.

Per algún tiempo sostuvieron la república sus hijos Ricardo y Enrique, pero falta de organización, perdió para siempre su vida efímera, quedando solo de ella el recuerdo de un rey asesinado sin necesidad.

Hernando de Acevedo

NUESTRA PALOMITA

Cumpliendo mi misión informadora, que algunos disgustos me cuesta, por aquello de que hasta las ovidas me persiguen temerosas de caer en el desagradado de sus amos, por permitirme la entrada en sus domicilios, vengo hoy á contarles lo que ayer pude inquirir.

A las ocho de la mañana me encontraba en el despacho del maniso y tuve que esperar á que arreglase el asunto pendiente entre el alcalde y depositario del pueblo de Abanilla, asunto no muy factible de arreglo por aquello de que se trataba de cuartos que uno había de soltar para que las atase el otro. Pero como quiera que la princesa está en Villalba, las cosas continuaron igual sin que se llegase á una inteligencia.

Terminada esta disolución pasó el del ronquido á despedirse del maniso. La despedida fué cordial, por más que aplazaron para no lejano día volver á reunirse para ver de armonizar los antagonismos que entre la grey conservadora existen.

Algo triste y meditabundo quedó el maniso y cogiendo las cuartillas redactó cierta minuta que remitió á D. Juan.

Algo ininteligible eran las frases que en ellas se consignaban, pero á la ligera pude leer lo siguiente: «Adelante y V., no tema».

No quise detenerme á esperar la contestación que aquellas cuartillas demandaban y me trasladé á Carador en donde la llegada de cierto propietario de un periódico semanal y observó que el criado le entregó una carta de Andrés cuyo contenido era el siguiente:

«Te esperan en el despacho; dime si vienes ó vamos á esa».

—Eganocha—le dijo al cochero. Y seguidamente salió de pista el carruaje hacia la Corredera.

Mi ligero vuelo me hizo anticiparme á su llegada; y, efectivamente: en el despacho encontré á Hernán Cortés (porque lo cortés no quita á lo Hernán) que tenía un portillo entre ceja y ceja.

La llegada del carruaje interrumpió el coloquio que los tres presentes mantenían. Los saludos afectuosos, los abrazos cordiales, fueron el preludio de una animada conversación.

—Necesito el periódico de ustedes,—parece que dijo el llegado.

—No hay inconveniente—contestó el propietario.

Vengan condiciones, y tuyo es.— Y ya tenemos en puerta un nuevo colega órgano de los contra-manisos.

Como no había tenido el honor de saludar á D. Federico, dejé á los contratantes que cerrasen su negocio, y dirigí mi vuelo á la plaza de Fontes. Y esperé en el despacho, oculta en las célebres cortinas de mil pesetas, la llegada del presidente.

La fatalidad hizo que me conociese una de los porteros y después de acariciarme para que le prestase atención á sus doloridas quejas, me resigné á compartir con él el tiempo que me quedaba, hasta la llegada del presidente.

—Habla, le dije y abrevia, que el tiempo escasea y sería de temer que te costase cara tu imprudencia.

—Nos deben siete meses; en las tiendas ya no nos fian y á pesar del buen deseo de toda la prensa, no nos han abonado ni siquiera una mensualidad para estas fiestas. Sin embargo, el día seis se ingresaron cuatro mil pesetas, y al siguiente día, á eso de la una de la tarde, se reunieron en el despacho de la Comisión, algunos diputados de la permanente. Cobraron sus dietas é incluso el Presidente sus gastos de representación, y, como epílogo de aquella injusticia, el masca lenguas pagó una libra de yemas

que fraternalmente se distribuyeron entre todos.

Y á nosotros los pobres empleados, ¡ni una peseta!...

—Basta—le dije: lo haré presente á los del HERALDO para que lo saquen á la vindicta pública. Retírate que hay moros en la costa.

Y, efectivamente: el Presidente llegaba; y con gran disgusto como en su faz mostraba, llamó al depositario.

En este momento entró un señor que llevaba placa... en el pasadizo.

—¿Qué deseaba V. dijo el Presidente, Decíle, contestó el de la placa, que me han reclamado los datos de lo que por atenciones del contingente adosan los Ayuntamientos de la provincia, y temo facilitarlos sin contar con V. S.

—¡Eso nos faltaba!

—¿Qué fondos hay en caja?

—¡Oh, Señor, qué decepción!

—¡Hay tan poco!...

—¿Poco? ¡Igual!

—¡En la caja solo hay dos pesetas y un botón!...

Cayó el telón

Y la Fé sin Esperanza se marchó con el de la placa á esperar mejores tiempos.

¡La Caridad los levante!

Matemáticas puras

Discutiendo ayer tarde con mi vecino D. Procopio, antiguo y probado empleado de las oficinas de Hacienda, sobre los mayores ó menores beneficios que á su clase pudiera reportar la ordenada formación de escalafones me dijo:

—No se cansé usted, D. Ruperto: los empleados solo conseguimos con esto que llamamos mejora, costar tiempo y dinero; hojas de servicio aquí, copias de títulos allí, fé de bautismo acullá y otra porción de zarandajas.

Recuerdo todavía los formados en 1876; nos llevaron una porción de pesetas y al final nos dejaron, si es posible, peor de lo que estábamos.

Es preciso pues que no nos hagamos ilusiones: nosotros seguiremos como hasta aquí, y para que usted conozca á fondo nuestra verdadera situación, voy á ponerle un ejemplo, basado en números.

Figurémonos un aspirante de 2.ª clase (y cuidado que no extremo la cosa).

Para poder posesionarse de su destino, recibe una credencial en la que se le dice testualmente:

«... he tenido á bien nombrar á V. aspirante, á oficial, de 2.ª clase con el sueldo anual de 1.000 pesetas.»

¡Impostura! Aspirante á, oficial, de 2.ª clase, con el sueldo anual de 1.000 pesetas y un descuento de once por ciento, también anual que acaba de esquilmar su ya nimio sueldo reduciéndolo al de 890 pesetas.

Figurémonos también que, salvo un pequeño número de excepciones, la totalidad de estos niños empacados, cuentan con bastantes años de servicios; que convencidos plenamente de que sus exiguas asignaciones no alcanzan á cubrir las exigencias patronales y que ya, siendo mayores de edad, deben buscar una humilde compañera que endulce las estrecheces sinsabóricas de sus escasos 15 duros, se casan y... púm.

Vamos á las matemáticas.

Cobra 2'47 pesetas diarias que distribuye en esta forma,

	Ptas. Cts.
Primer desayuno.	
El casero.	40
Segundo desayuno.	
Dos onzas de chocolate.	20
Dos panecillos.	10
Carbón.	8
Comida.	
Un kilo de patatas.	20
Carbón.	20
Acetate.	10
Pañ.	37
Vino.	25